

**Sobre “Sin Abrigo” de Marce Kreiman
Museo de Arte Contemporáneo - Lima, Perú, 2016**

**Autor: Alejandro León Cannock
05.08.16**

*

El 17 de marzo del año 1992 el pueblo argentino fue víctima de un brutal atentado terrorista: un coche bomba destruyó completamente la sede de la embajada y del consulado de Israel en Buenos Aires, causando la muerte de 22 personas y dejando un saldo de 242 heridos. Dos años más tarde sucedió lo que más se teme en una situación post-traumática: el retorno de la violencia. Pero esta vez la replica fue aún más desconsoladora. El 18 de julio de 1994, a las 9:53 de la mañana, una camioneta cargada de explosivos se estrelló contra la fachada del edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), dejando tras de sí 85 muertos y más de 300 heridos. Aquella fatídica mañana, la AMIA se preparaba para celebrar un siglo de vida dedicado a promover –a través de la cultura, el arte y la educación– el bienestar y el desarrollo de la comunidad. El carácter gratuito, absurdo e irracional de estos atentados le mostró al pueblo argentino –que venía recuperándose de las heridas causadas por la sanguinaria dictadura militar y por la descabellada Guerra de las Malvinas– una vez más la triste realidad de la *banalidad del mal*.

Este atentado ha sido calificado como el mayor ataque sufrido por la comunidad judía luego del Holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Con el paso de los años se ha ido tejiendo una historia intrincada, tergiversada y oscurecida, en la que están involucrados policías, jueces, fiscales y altos funcionarios del gobierno argentino (incluyendo al ex presidente Carlos Saúl Menem), y también una “red internacional” en la que se señala como principales actores a Hezbolá y al gobierno de Irán. Sin embargo, increíblemente aún no se determina con certeza quiénes son los responsables. Nadie ha sido condenado. Las investigaciones y el juicio están plagados de corrupción, engaños, postergaciones, intereses, chantajes, lo que ha impedido que la verdad se abra camino entre tanta mentira y dolor. Han pasado 22 años y la historia parece no tener cuándo acabar. A pesar de ello, los familiares de la víctimas siguen luchando para que la justicia triunfe en medio de tanta indolencia.

Julia Susana Wolynski, madre de la artista Marce Kreiman, perdió la vida aquella mañana mientras laboraba como jefa de la bolsa de trabajo de la AMIA. Por ello, desde los 17 años, Marce vive luchando con una sonrisa en el rostro por honrar su memoria y recuperar un poco del calor que le arrebataron al dejarla *sin abrigo*.

**

La muerte es un acontecimiento ineludible. Constituye nuestra única certeza en medio de una existencia que se abre indefinidamente sobre un mar de posibilidades. Desde esta perspectiva, no importa el camino que cada persona elija transitar a través de los años, ya que todas las historias, más allá de los matices que las diferencian, en última instancia comparten aquel mismo destino. Este *factum* constituye la gran verdad. Por ello, el significado, el valor y la potencia de una existencia individual se debe medir en función de la forma en que asume la inminencia de la muerte. De esta manera, la finitud se erige frente al ser humano, tal vez paradójicamente, como el horizonte

ineluctable que le da consistencia a la vida. La muerte no sería, entonces, la suprema negación; sino, más bien, el evento trascendental a partir del cual se haría posible cualquier afirmación. Gracias a este reconocimiento, cada acción consumada se eleva hacia el infinito debido a la conciencia de su singularidad, permitiendo que nuestra existencia adquiera la densidad propia de lo único e irrepetible.

Sin embargo, aquel nivel de conciencia no nos llega siempre de la misma manera. Lo más común es hacernos conscientes de nuestra propia finitud a través de la muerte de otro ser humano. En este caso, la proximidad afectiva determinará el grado de concreción con el que incorporaremos la idea de la muerte. Si quien pierde la vida es una persona desconocida y lejana, entonces la comprensión del sentido de la muerte se dará de forma abstracta (la empatía disminuye con la distancia geográfica y simbólica). Si, por el contrario, quien nos deja es una persona muy cercana, alguien que ha sido fundamental en el proceso de formación de nuestra identidad, entonces la muerte se presentará ante nosotros como un evento vivido en carne propia. No morimos literalmente, pero algo en nosotros fallece para siempre.

En esta provisional *fenomenología de la muerte*, atentados terroristas como el de la AMIA son de una naturaleza muy singular, pues en estos casos las personas involucradas le son arrebatadas violentamente a la existencia, mediante un acto negativo de sustracción de vida a la vida. Esta es la experiencia que le tocó vivir a Marce Kreiman, y es también la de todos los que han sufrido y siguen sufriendo las consecuencias absurdas del fanatismo, la intolerancia, el terrorismo y la guerra.

¿Qué experiencia afectiva genera esta forma *dar la muerte* en los familiares que deben sobre-vivir con el infinito peso de esta ausencia indescriptible? Marce lo dice con mucha determinación en una entrevista: "Mi mamá no murió, la mataron". Esta sentencia no es un juego de palabras, expresa de forma sintética la cruel inversión que hace de la muerte el corte abrupto de un proyecto de vida. En condiciones normales, la muerte de un ser querido, a pesar de ser triste y dolorosa, se asimila como la culminación natural de un ciclo vital. Sin embargo, cuando la pérdida de alguien es ocasionada por una decisión arbitraria, premeditada y violenta, entonces el acontecimiento de la muerte se despliega en una dimensión ontológica radicalmente distinta. Aquel no ha muerto, ha sido arrancado a la vida: borrado, eliminado, sustraído, cercenado, aniquilado, en fin, *asesinado*. Por ello, la experiencia afectiva de quienes *sobre-viven* no se reduce al dolor o a la tristeza: la ausencia del ser querido produce una profunda sensación de vacío, como un agujero negro que atraviesa y engulle al Ser en su totalidad. Marce nos transmite esta experiencia a través de la metáfora que dio lugar a este proyecto artístico: "Yo me quedé sin abrigo. A mi me falta *todo el tiempo* ese abrigo".

¿Cómo reaccionar ante esta experiencia de anonadamiento? ¿Cómo se sobrepone una persona a una pérdida de esta naturaleza? Ante un crimen como el de la AMIA, los familiares deben aprender a vivir nuevamente, pero siempre bajo la sombra de aquel evento traumático. Como dice la misma Marcela: "...hay una situación constante, que es como una herida que está ahí. La curamos para que no se infecte, le damos remedios para que no sangre, pero está ahí". Deben aprender a vivir más que con una herida: *con la vida convertida en herida*. Por ello, a partir de ese instante bisagra la existencia se resume en una cuestión: la búsqueda de justicia. Esta aparece como la única vía posible, no para restaurar un estado de cosas anterior al atentado, cosa que se sabe imposible, pero

sí al menos como el camino necesario para seguir (sobre)viviendo. La búsqueda de justicia, de esta manera, es un intento por restablecer un sentido futuro para la vida, luego de que este se halla diluido trágicamente en la oscuridad de un fondo de violencia irracional.

Pero la justicia tiene pies pesados y tarda en llegar. Y la bajeza del ser humano enreda sus senderos, nubla su pensamiento, aturde su memoria, ofusca sus sentidos. Y la justicia no llega. Y pasan 22 años de lucha, de espera, de gritos, de mantenerse en pie, de reclamos, de lágrimas, de más y más lucha, de caer una y otra vez, de volver a levantarse, siempre una vez más. 22 años de seguir esperando. Y la justicia no llega. En este tortuoso camino, el trabajo firme y constante de la memoria se constituye en un bastión imprescindible que nos permite hacerle frente al absurdo peso de la muerte violenta.

Conscientes de esta necesidad, las sociedades afectadas por situaciones extremadamente violentas como el atentado a la AMIA, han desarrollado estrategias desde el estado y la sociedad civil para reforzar, por un lado, el lugar de la memoria; y, por el otro, la búsqueda de justicia. En este contexto, el arte aparece como una actividad simbólica fundamental para hacerle frente al olvido y a la infamia, ya que produce representaciones que hablan por aquellos que ya no tienen voz para hablar y que luchan por aquellos que ya no tienen cuerpo para luchar. De esta forma, las creaciones artísticas acompañan el trabajo de las personas que día a día se esfuerzan por restablecer algo del sentido arrebatado.

“Sin Abrigo” es una obra realizada por Marce Kreiman originalmente para conmemorar el decimoquinto aniversario del atentado de la AMIA en el año 2009. Se exhibió por primera vez (una parte del trabajo) en el acto abierto de juventud de AMIA realizado en la calle Pasteur frente a la sede de dicha organización en agosto de aquel año. El mismo mes, la instalación se presentó en la Casa Ana Frank también en Buenos Aires. En agosto del 2010 la obra viajó a Chile para ser exhibida en la Biblioteca de Santiago y, posteriormente, en el Congreso de La Nación en Valparaíso. Hoy se exhibe por primera vez en el Perú, donde la artista radica con su familia hace 6 años.

La obra “Sin Abrigo” se presenta como un dispositivo estético multimedia compuesto por 10 piezas: Vacío, Sus rostros, Memoria, Dolor, Herencia, Sociedad, Impunidad, Visión, Sus nombres y Realidad. Todas las piezas han sido elaboradas a partir de objetos funcionales de uso cotidiano (ropa, ganchos, fotografías, velas, poemas, facturas, chapas, etcétera). Algunos de estos objetos están directamente vinculados –afectiva y biográficamente– a su propia historia (como, por ejemplo, el abrigo y la camisa utilizados en la elaboración de las piezas Dolor y Herencia); otros, en cambio, han sido incluidos por su potencia alegórica y testimonial (como, por ejemplo, los ganchos y las velas usadas en las elaboraciones de las piezas Vacío y Memoria). En la propuesta de Marce todos estos objetos ordinarios, al ser desplazados desde sus espacios discursivos originales hacia el espacio del arte, se re-significan adquiriendo un profundo valor simbólico. Cada uno de ellos nos transmite, así, una experiencia que nos invita a reflexionar sobre el significado del acontecimiento vivido.

Frente a la injusticia metafísica cometida por los asesinos y frente a la injusticia política y jurídica cometida por las instituciones y autoridades que no han sabido responder con celeridad y firmeza ante este atentado, cada una de las obras que conforma la propuesta de Marce, se erige como un

bramido. Expresan el clamor de una hija, de los familiares, de los amigos, de los conciudadanos, en fin, de toda una nación que sigue luchando para que los rostros, los nombres, las historias y los sueños de estas 85 víctimas no se hundan en la oscura noche de la indiferencia. Por ello, cada obra desde su singularidad funciona como un complemento para la memoria, incitándonos a no olvidar y a mantenernos firmes en la búsqueda de justicia.

El uso de diferentes medios (pintura, fotografía, video, *ready-made*, instalación, etcétera) nos habla, por un lado, de la búsqueda expresiva de la artista: ante la impotencia para pensar, sentir, hacer y comunicar, el arte se convierte en un puente útil y poderosos para transmitir la afectividad con la que carga el familiar de una víctima de terrorismo. Por ello, Marce recurre a los objetos, materiales y técnicas que contribuyan a dicho fin testimonial. Por otro lado, este uso post-media invita a que los espectadores realicen una experiencia inmersiva –compleja y vasta– del acontecimiento de la pérdida. De esta manera, el dispositivo estético/político “Sin Abrigo” se presenta como la creación de un espacio ritual o sagrado. Cada pieza aislada pasa a un segundo plano, ya que la búsqueda de la artista no está enfocada en producir objetos autónomos –que podrían, además, convertirse en mercancías–, sino, por el contrario, en crear las condiciones materiales y simbólicas para que los espectadores se involucren vitalmente con la instalación, teniendo así una experiencia profunda que les permita identificarse con las cuestiones importantes que se desprenden de lo vivido: justicia, memoria, identidad, pérdida, dolor, ausencia, esperanza, etcétera. Por ello, “Sin Abrigo” apunta a la ampliación de nuestra empatía, es decir, al aumento de nuestra capacidad de sentir y pensar con, desde y para el otro, ese otro que ya no está pero que vive a través de nosotros.